

www.teatroenmiami.com

Biblioteca

EL ESPEJO EMBRUJADO

Adriana Alarco de Zadra
inédito

(Obtuvo el PRIMER PREMIO
en el Concurso Nacional de Obras de Teatro Escolar
del Teatro Universitario de San Marcos
en Lima, 1985)

ESCENAS 1, 3, 5 Y 7

Escenario: Desiertos y basurales en las cercanías de Lima.

Personajes: **MAMA LAICA:** Anciana mendiga que vive de la venta de chatarra. En quechua, Laica quiere decir hechicera.

SUMAY: Muchacha joven de 16 a 18 años, quien acompaña a su abuela en el recojo de basura y de chatarra. Sumay quiere decir hermosa, en quechua.

ESCENA 2

CATALINA, LA MONJA ALFEREZ, EN HUAMANGA

(basado en el diario de Catalina de Erauzo, S.XVII)

Escenario: La ciudad de Ayacucho.

Personajes: **SUMAY:** Gitanilla que lee la suerte en las manos de los soldados.

ALFEREZ ALONSO DE ERAUZO o CATALINA: La monja alférez.

ANTONIO: Amigo del alférez Alonso de Erauzo.

COMERCIANTE de caballos: con traje de la época.

OFICIAL de guardia: que está a las órdenes del virrey español, y a quien le han robado un caballo.

MIGUEL DE ERAUZO: Capitán español, llegado de tierras araucanas en el sur de Chile, al Perú.

INQUISIDOR: Juez religioso, defensor de la fe.

SOLDADOS españoles: dos o más.

ESCENA 4

CANDIDO Y COCAMBO EN EL DORADO

(basado en "Cándido" de Voltaire, S.XVIII)

Escenario: El Dorado, ciudad mítica en medio de la selva

amazónica.

Personajes: **SUMAY:** Indígena de una tribu amazónica.

INDIO: Indígena salvaje y violento, marido de Sumay.

CANDIDO: Explorador francés que recorre el mundo en busca de su amada Cunegunda.

COCAMBO: Guía y compañero de Cándido.

ANCIANO: Sabio personaje de la Amazonía.

OREJONES: Nombre dado por Cocambo a dos o más indígenas de la selva.

ESCENA 6

FLORA TRISTAN EN AREQUIPA

(basado en el diario de Flora Tristán,
"Peregrinaciones de una Paria", S.XIX)

Escenario: La ciudad de Arequipa.

Personajes: **FLORA:** joven francesa, hija de don Mariano Tristán, arequipeño, que ha llegado al Perú a reclamar una herencia.

CARMEN: prima de Flora.

JOAQUINA: tía de Flora, esposa de Pío Tristán.

LAICA: anciana yerbatera.

SUMAY: nieta de Laica.

ROSA: amiga de Carmen.

BLANCA: amiga de Carmen.

ESCENA I

Esta escena se desarrolla en los alrededores de una gran ciudad. Un telón al fondo del escenario representa casas y edificios. En la parte anterior se arruman cajas de cartón, papas, latas, costales y algunos arbustos, dando la impresión de un basural en las cercanías de Lima. Una mujer anciana y una joven, la cual puede ser su nieta, revuelven la basura. Visten a la manera de las gitanas. La joven encuentra bajo los arbustos, frutillas de capulí.

SUMAY: ¡Mama Laica, mira, he encontrado capulíes! ¡Si recojo bastantes frutillas, podemos hacerlas en dulce esta noche! (Recoge los capulíes y los mete en una canastilla).

LAICA (arrastrando un costal en el que ha estado metiendo cartones y latas): ¡Si logro vender estos cartones, podremos comprar azúcar para hacer el dulce! ¡Anda, Sumay! A ver si encuentras algo más para meter bajo los dientes!

SUMAY (canta y baila mientras recoge frutillas y otras cosas, revolviendo los arbustos y la basura):

¡Oh, qué bella es la vida, ay, caramba!

¡Y este sol da alegría, ay, caramba!

¡Bailo y canto este día aunque no haya comida
y me duela de hambre la barriga!

LAICA: ¡Sumay, no pierdas tiempo!

SUMAY: No pierdo el tiempo, abuela, trato de perder el apetito.
(Cantando y moviéndose rítmicamente)

Quiero un poco de sopa ¡ay caramba!

aunque no tenga ropa, ¡ay caramba!

Quiero un vaso de leche, una fruta, un bizcocho

aunque no halle melcocha, ¡ay caramba!

(Como ha visto algo brillar, forcejea tratando de sacar un objeto que parece enterrado en la arena, debajo de otras cosas)

LAICA: ¿Qué haces, Sumay?

SUMAY: ¡Mama Laica, ayúdame! ¡Creo que he encontrado una cosa muy bonita!

LAICA (acercándose y ayudando a Sumay): Parece un objeto muy antiguo.

(Finalmente levantan un espejo grande con mango y marco forrado de platina para que parezca ser de plata. Cuando la joven lo levanta con una mano, a lo lejos se escuchan truenos. La vieja Laica da un salto hacia atrás, estremeciéndose atemorizada y observando el espejo con curiosidad).

SUMAY: ¿Qué pasa, abuela? ¿Por qué te has preocupado?

LAICA: Coloca ese espejo en el suelo con cuidado, Sumay.
(Sumay obedece, y Laica lo observa detenidamente dando una vuelta alrededor de él) Este espejo tiene un hechizo y a mí me parece que ya lo he visto antes.

SUMAY (ríe en son de burla): ¡Yo no creo en hechizos ni en encantamientos, abuela, aunque ya sé que por allí dicen que eres bruja!

LAICA: Este espejo nos puede decir muchas cosas. ¿No quisieras saber quiénes han reflejado su rostro en este cristal?

SUMAY: ¡Claro que sí, mama Laica, si se pudiera ver como en la televisión!

LAICA: ¡Ya verás! (Farfullando, traza con un bastón o con una rama de arbusto, un círculo alrededor del espejo que está en el suelo). Hago un **MUYU**.

SUMAY: ¡Círculo!

LAICA Ahora, Sumay, debes dar tres vueltas alrededor del espejo. (Cuenta en quechua, uno, dos, tres, mientras Sumay da vueltas sobre el círculo trazado en el suelo) **¡Huj, iskay, kimsa!** ¡Recoge el espejo y quédate allí un momento, en medio del círculo!

¡Espejo mágico, espejo embrujado,
enmarcado en un fino repujado,

sé que
encierras historias del
pasado:

revela a Laica el secreto guardado
de algún rostro que en tí se ha reflejado!

(Con su bastón traza un cuadrado alrededor de Sumay)
Hago un **TAWAK**.

SUMAY: ¡Cuadrado!

(Se escuchan truenos y los relámpagos iluminan la escena a ratos. Se bajan las luces).

ESCENA II

CATALINA, LA MONJA ALFÉREZ, EN HUAMANGA

Al iluminarse la escena nuevamente, ha cambiado el telón de fondo por uno que representa una plaza durante la época de la conquista. Podría ser la Plaza de Armas de la ciudad de Huamanga, hoy Ayacucho (que en quechua quiere decir **rincón de muertos**). A la izquierda se entrevé una escalinata y las puertas de la Catedral; al fondo los portales de la Municipalidad; a la derecha, en la parte anterior, está Sumay cogiendo el espejo. Sigue vestida de gitanilla. Gente vestida con ropa de la época del virreinato cruza la escena. Se ven soldados con pantalón oscuro, botas altas, camisa blanca y holgada, capa negra y espada al cinto. Algunos llevan barba y bigotes. Dos oficiales y un comerciante están haciendo una transacción.

SUMAY (a dos soldados que pasan a su lado):

¡Un real, un real, caballero, un real
y te leeré la mano con picardía y con garbo!

(Deja el espejo sobre una banca de la plaza y coge la mano a un soldado para leerle las líneas)

¡Una vieja te adora,
pero es rica y es mora
y en consuelo tendrás sus doblones!

(El soldado ríe, le tira una moneda al suelo que la gitanilla recoge. Sumay lee la mano al otro soldado)

¡Apostarás a los dados
con varios otros soldados!

¡Si es tu deseo saber
cuánto más has de perder,
cuánto más has de ganar,

es mejor que pagues más!

(El soldado le tira una moneda y sale riendo, con su compañero, de escena).

(Mientras se desarrolla esta escena, el comerciante está contando las monedas, que son grandes y de metal, de una bolsa de cuero que luego entrega a uno de los oficiales, quien no lleva barba ni bigotes. Ellos están vestidos como los soldados pero llevan sombrero de ala ancha y pluma larga).

COMERCIANTE: ¡Señor alférez, así quedamos, su merced, hasta más ver!

ALFÉREZ (haciendo tintinear las monedas, al comerciante que está saliendo de escena por el lado entre la Iglesia y la Municipalidad): ¡Y, cuida muy bien ese caballo que es fino! ¡Ha recorrido catorce leguas de un tirón, desde Huancavelica!

COMERCIANTE: Así lo haré, señor alférez, su merced. Muy buenos días tenga usted.

ALFÉREZ (a su amigo que parece de más edad por llevar barba y bigotes): ¡Una buena venta, Antonio! ¡Vamos a jugar estos doblones a la baraja, para aumentar el capital!

ANTONIO (dando una palmada amistosa en la espalda a su compañero): ¡Así se habla, Alonso, muchacho!

(Los dos oficiales se acercan a un grupo de soldados que juegan a los dados y a las barajas en las escalinatas de la Iglesia. Por el otro lado entra en escena Laica y se acerca a Sumay).

SUMAY (a Laica): ¡No he conseguido muchos reales, abuela!

LAICA (coge el espejo y le hace gestos cabalísticos con la mano, mientras cuenta en quechua, 1, 2, 3): **¡Huy, iskay, kimsa!** Ahora, Sumay, cada vez que te mires en este espejo que he embrujado, te verás muy linda y tendrás mucha suerte. ¡Ve!

(Sumay coge el espejo y, obedeciendo a la abuela, se acerca a un capitán español que ha entrado en escena).

SUMAY: ¡Un real, un real, caballero, un real y le leeré la mano con picardía y con garbo! (coge la mano del oficial) Señor capitán, ¿qué veo? (sorprendida) ¡Polvo, cenizas, muerte! ¡Lo veo abrazado de una monja!

CAPITAN (riendo divertido): ¡Qué suerte! ¡Pero debe de ser mi hermana que está confinada en un convento de San Sebastián, en la madre tierra España!

SUMAY (preocupada): ¡Su merced, aquí veo que muere usted en sus brazos!

CAPITAN (riendo): ¡Moriré de amor pero estoy vivo aún, gitana! ¡No vayas a traerme el mal agüero! De mi hermana me separa el gran océano y no pienso regresar a España... todavía. (Avienta unas monedas al suelo) Toma, para que no se cumpla pronto tu predicción... (riendo) ¡aunque ya sé que eres una grandísima embustera!

SUMAY (recogiendo las monedas) ¡Gracias, caballero!

(La escena se tranquiliza por un momento, los soldados juegan a los dados, los oficiales pasean, las gitanas conversan en voz baja. Entra en escena el comerciante con un oficial, muy excitados).

COMERCIANTE (señalando al alférez): ¡Fue aquel oficial quien me vendió el caballo!

OFICIAL (dirigiéndose al capitán): ¡Señor capitán! ¡Le ruego me haga usted justicia! ¡Anoche me han robado mi caballo y el alférez don Alonso, aquí presente, lo ha vendido a cambio de muchos doblones! Pero el caballo que ha vendido es mío, señor capitán!

CAPITAN (acercándose al alférez): Alférez, (se presenta con un saludo), soy el capitán Miguel de Erauzo. Se le acusa a usted de haber robado un caballo a este oficial de la guardia. ¿Qué responde?

ALFÉREZ (que ha quedado sorprendidísimo por las palabras del capitán y, retirándose, le da las espaldas por un momento, cogiéndose la cabeza con una mano en gesto nervioso y excitado, tratando de pensar con claridad): ¡No, no, no puede ser! ¡No puedo creerlo!

CAPITAN (perentorio): ¿Alférez?

ALFÉREZ (con embarazo): Le ruego que me disculpe, capitán, si es distinta mi opinión. He llegado hace poco de Huancavelica y, si le da una mirada a la bestia en cuestión, puede ver muy bien que el caballo está cansado.

OFICIAL (reconociendo al alférez): ¡Yo lo conozco a usted, alférez! Supe que escapó el día que debía casarse con la sobrina del vicario, allá por Cochabamba.

ALFÉREZ (con petulancia): ¿De qué se me acusa, Capitán, de no ser amigo del vicario o de ser amigo de lo ajeno?

CAPITAN: ¿Puede usted probar que aquella bestia es suya?

ALFÉREZ: Diga al caballero que conteste de cuál ojo es tuerto ese caballo en cuestión, porque podría ser muy bien algún otro caballo el que le hayan sustraído.

OFICIAL: ¡Del ojo derecho!

CAPITAN: ¿Del ojo derecho?

COMERCIANTE: ¿Y si el caballo es tuerto del ojo izquierdo, señor capitán?

OFICIAL (corrigiéndose rápidamente): ¡Quise decir, del ojo izquierdo!

CAPITAN: ¡Póngase de acuerdo consigo mismo, oficial, y responda de una vez por todas, ¿de cuál ojo es tuerto el caballo que a usted le robaron?

OFICIAL: ¡Del ojo izquierdo, capitán! ¡Cualquiera puede equivocarse! Si uno lo mira es el derecho y si uno está montado, es el izquierdo. ¡Estoy seguro, es tuerto del ojo izquierdo!

ALFÉREZ (al capitán, con petulancia): Si es así, capitán, me permito negar la acusación, ya que el caballo que vendí a este caballero aquí presente no es tuerto de ningún ojo y es sano de ambos dos.

COMERCIANTE: ¡Así es, señor capitán, venga su merced a comprobarlo con sus propios ojos!

OFICIAL (reponiéndose del estupor): ¡Ya me las pagará!

CAPITAN (al oficial): Si es cierto lo que dice el alférez don Alonso, y no puede usted probar nada, lo pongo en arresto por

acusaciones falsas a un caballero a la orden de su majestad, el rey de España, y de nuestro Señor Jesucristo.

(Salen de escena el capitán, el oficial y el comerciante. Los personajes en la plaza caminan o juegan en silencio por unos momentos).

ANTONIO (riendo a carcajadas): ¡Sí que eres un pillo listo, Alonso, amigo mío!

ALFÉREZ: ¡Pues no sé si hoy es mi día de buena suerte o de mala suerte! ¡Será lo que quiera el destino!

SUMAY (acercándose a ellos, con el espejo en la mano):
¡Un real, un real, caballero, un real
y adivino su fortuna y su pasado hasta la cuna!

ALFÉREZ (le tiende la mano): ¡A ver qué puedes saber de mí, gitanilla!

SUMAY (coge la mano del alférez y luego da un paso atrás observándolo de pies a cabeza, sin soltarle la mano): En su mano leo error, engaño, falsedad, embuste, infundio, patraña, además de mucho arrojo, decisión, coraje, intrepidez, valor y determinación.

ALFÉREZ (molesto): ¡Calla, calla de una vez, gitana!

SUMAY (con picardía): He adivinado su secreto, alférez... (tiende la mano y recibe un doblón).

ANTONIO (al alférez): ¡Vamos, Alonso, no es que tienes que ser tan generoso con esa pícara embustera!

(Se alejan, mientras Sumay baila por el escenario con el doblón en

una mano y el espejo en la otra mano, mientras los soldados dejan de jugar a los dados y la contemplan. A ratos, se refleja la luz de los reflectores en el espejo y se escucha el rumor de un trueno a lo lejos).

SUMAY: ¡En ciertas manos leo la envidia! ¡En ciertas manos leo el engaño, el cariño, el amor, el daño o la riqueza de aquestos años!

SOLDADO (con voz fuerte): ¡Gitanilla!

SUMAY: ¿Sí?

SOLDADO (burlón): ¡Gitanilla, si estás con hambre ven a mi lado!

SUMAY: ¡No!

SOLDADO: ¡Gitanilla!

SUMAY: ¿Sí?

SOLDADO: ¡Gitanilla, si tienes frío ven al costado! (Abre los brazos como para abrazarla).

SUMAY: ¡No!

SOLDADO: ¡Gitanilla!

SUMAY: ¿Sí?

SOLDADO: ¡Gitanilla, si quieres oro seré tu amado!

SUMAY: ¡No!

Por un costado, cerca de la Catedral, entra el Inquisidor. Va vestido

de negro, con blusa de encaje, cuello alto, blanco, recogido y con sombrero negro. En la mano lleva un bastón con mango de plata (o forrado de platina).

INQUISIDOR (indicando a Sumay con su bastón): ¡Bruja maldita, blasfema, atea!

(Algunas personas que andaban por la plaza salen apresuradamente de escena. Sumay olvida el espejo sobre una banca y trata de escabullirse. Laica se acerca despacio a recoger el espejo cuando un soldado la reconoce y la señala con el dedo. Otros soldados la acusan, pero Laica se escabulle por un costado).

SOLDADO: ¡Ahí va la otra bruja!

OTRAS VOCES: (indicando a Laica) ¡Bruja curuja!
¡Hechicera! ¡A la hoguera con ella!

(indicando a Sumay) ¡Tiene un espejo que habla!

¡En mi mano ha leído la muerte y no pienso morirme!

¡En mi mano ha leído el engaño y es ella que engaña!

¡Es embustera! ¡Hermosa! ¡Hechicera! ¡Graciosa! ¡Tramposa!

¡Me tiene alucinado! ¡Embelesado! ¡Fascinado! ¡A la hoguera con ella!

INQUISIDOR (llevando a Sumay del brazo hacia la iglesia)
¡Rapaza, por fin te encontré! Si no vienes hoy conmigo,
terminarás en la hoguera, quemada por hechicera.

(Sale de escena con Sumay. Algunos soldados en la plaza empiezan a discutir y salen también de escena agitando los brazos en forma nerviosa y excitada. El alférez Alonso y Antonio han quedado solos en la plaza por unos momentos. Alonso encuentra el espejo que ha dejado olvidado Sumay y que Laica no pudo recoger).

ALFÉREZ: Fíjate, Antonio, qué hermoso espejo ha dejado la gitana. (Lo coge y lo observa detenidamente, guardándolo bajo su capa) ¡Es un hermoso trabajo de orfebrería del nuevo mundo! (pensativo y cambiando de tema) ¡Quien me tiene intrigado, más que la gitanilla, es el capitán Miguel de Erauzo!

ANTONIO: Acaba de llegar del sur, de tierras araucanas. Pensándolo bien, tiene tu mismo apellido, Alonso.

ALFÉREZ: Pienso que somos parientes porque también él es de Viscaya.

(Salen de escena y por un momento queda el escenario vacío. Fuera de escena se escuchan gritos. Por el otro costado del que han salido Alonso y Antonio, entran unos soldados a la plaza, dos de ellos con sus espadas desenvainadas y se baten, saliendo luego por el otro lado del escenario. Algunos soldados quedan en escena dando voces).

VOCES: ¡A mí! ¡A mí! ¡Muere vasco maldito! ¡Ha hecho trampa con los dados! ¡Quién me ha robado la bolsa? ¡Arriba los castellanos! ¡Vamos, vamos!

(Entra en escena el capitán Miguel, con un brazo herido que sostiene apenas su espada y con la otra mano tratando de restañar la sangre con un pañuelo manchado de rojo. Se sienta en la parte anterior del escenario, sobre una banca, mientras en la parte posterior de la plaza siguen batiéndose otros soldados españoles, entrando y saliendo de escena, como siluetas que se mueven en forma rítmica y elegante. El ruido va amainando poco a poco).

CAPITAN (perturbado): ¡Mi espada está manchada de sangre! ¡Me hirió el brazo pero quedó tendido en el suelo! (limpia con el pañuelo la espada manchada de rojo y exclama con nostalgia) ¡Ay, Catalina, hermana mía, santa hermana mía, si me vieras desde tu convento!

¡Estos duelos inútiles, estas vidas perdidas por la envidia, los celos, la codicia, la pasión y la ambición! ¡Polvo, cenizas, muerte, me adivinó la gitana! (Se levanta gritando trastornado) ¡Locura y más locura! (coge la espada y hace unos pases pero se coge el brazo con un gesto de dolor)
 ¡La ambición nos destruye! ¡A muerte! ¡A muerte!

(Sale el capitán con la espada en alto por un lado y entra en escena el alférez por el otro lado y manifiesta sus pensamientos en voz alta).

ALFÉREZ (con sentimiento de culpabilidad): ¡Soy alférez y no quiero pelear! ¡No es mi culpa si a veces es injusto mi destino! ¡Hermano contra hermano! ¡Qué temeridad! Astucia y desesperación, la gitanilla... esa gitana lo ha adivinado todo. No le he podido esconder nada. Si Miguel supiera... (saca el espejo que trae escondido debajo de la capa y se contempla en él) si Miguel de Erauzo, capitán del rey, supiera que yo, el alférez Alonso de Erauzo, soy en realidad ¡su hermana Catalina! (se quita el sombrero y le cae el cabello hasta los hombros. Se lo arregla con la mano y se contempla en el espejo) ¡Alférez y monja! ¡Nunca me creería! ¡Nunca me podrá perdonar que al no poder resistir el convento, me escapé para ver el mundo, para conocer el nuevo mundo! ¡Para ver las Indias y el reino del Perú! (pensativa) ¿Qué me dijo la gitanilla? ¡Arrojo, decisión, intrepidez, determinación, valor, coraje! ¡Vamos, Catalina de Erauzo, que soy una monja alférez y nos vamos a pelear!

(Sale de escena con la espada desenvainada. Se escuchan fuera del escenario ruidos de luchas, peleas y gritos. Entra Antonio, peleando de espaldas contra otros dos oficiales. Se bajan las luces y entran otros grupos de soldados peleando. Entra en escena también la monja alférez con la espada desenvainada, buscando a su amigo con la mirada).

ANTONIO (con desesperación): ¡Alonso, muchacho, a mí!
 ¡Alférez!

(Antonio hiere a uno de sus contrincantes, el cual sale de escena retrocediendo, herido. El otro, que es el capitán Miguel de Erauzo, hiere a Antonio en el hombro. Al ver esta escena, la monja alférez se ofusca porque no se ha dado cuenta que quien ha herido a su amigo Antonio es su hermano Miguel, que está de espaldas. Por lo que se acerca furiosa y, al entrecruzar sus espadas, lo hiere mortalmente. Antonio cae al suelo cogiéndose el hombro y Miguel se tambalea).

CAPITAN (a la monja alférez): ¡Traidor, me has muerto!

(La monja alférez arroja la espada, espantada de lo que ha hecho y, enajenada, coge a su hermano y lo ayuda a sentarse sobre una banca de la plaza. El espejo, abandonado, refleja las luces de los reflectores y, a lo lejos, se escuchan truenos. Las peleas han terminado y todo está en silencio. La monja alférez, sollozando, va de un lado a otro, o zarandea a Antonio que no se mueve, o sujeta a Miguel que se desmaya).

ALFÉREZ: Miguel, ¡hermano mío!

CAPITAN (con voz débil): ¡Un confesor, trae un confesor! (Se desmaya en sus brazos).

ALFÉREZ: ¡Perdóname, Miguel, hermano mío! (Gritando a voz en cuello) ¡Un confesor! ¡Pronto, un confesor!

(Deja recostado a Miguel sobre la banca y se acerca a la puerta de la Catedral golpeando con los puños para que le abran la puerta y suplicando, pero nadie la escucha. Corre hacia Antonio, lo zarandea, lo llama por su nombre).

ALFÉREZ: ¡Ayúdenme! ¡Antonio, amigo mío, levántate! ¡Está inconsciente! ¡Socorro! ¡He matado a mi hermano! ¡Perdóname, Señor!

(Con una rodilla a tierra, a los pies de Miguel, se cubre la cara con los puños y solloza desesperada. Se bajan las luces).

* * *

ESCENA III

(La misma decoración que en la primera escena. Sumay está de pie con el espejo en la mano. Laica está sentada a un lado con un costal cerca de ella).

SUMAY: ¡Mama Laica! ¿Es verdad esta historia de la monja alférez?

LAICA: ¡Si lo cuenta el espejo, así tendrá que ser, Sumay.

SUMAY: A esa gitanilla que se parecía mucho a mí, ¿tú crees que la hayan quemado por bruja?

LAICA: No lo creo. Por ahí andaba su abuela, también, y seguramente la salvó de la hoguera.

SUMAY: Su abuela se parecía a ti, Mama Laica.

LAICA: Era yo misma. ¿No sabes que tengo tantas vidas como los gatos?

SUMAY: ¡Anda, abuela, déjate de chanzas! ¡Eso debe de haber sucedido hace muchísimo tiempo!

LAICA: Allá por el año 1600 y tantos.

SUMAY: ¿Qué pasó con la monja alférez, mama Laica?

LAICA: Obtuvo permiso especial del Papa para usar pantalones y falleció en Méjico, ya vieja, vestida siempre de la misma forma.

SUMAY: Hoy en día, todas las mujeres pueden usar pantalones y no necesitan permiso especial del Papa.

LAICA: Así es. Pero en esa época era prohibido. Catalina nunca llegó a hacer los votos religiosos porque prefirió llevar una vida de aventuras y de conquistas.

SUMAY: Fue una mujer valiente, ¿verdad, abuela?

LAICA: Así es. El rey de España le concedió una pensión vitalicia por sus servicios a la corona.

SUMAY: ¡Cómo tuviera yo también una pensión, aunque no fuera vitalicia!

LAICA: ¡Vamos, muchacha, que se está haciendo tarde!

(El espejo, en manos de Sumay, refleja las luces de los reflectores y a lo lejos se escuchan los truenos).

SUMAY: ¡Mama Laica, ¡el espejo quiere contarnos otra historia!

LAICA: ¿Todavía quieres más historias?

SUMAY: Sí, otra más, ¡pero que no sea tan triste como la anterior! Qué pena que la monja alférez mató a su hermano justo cuando lo encontró.

LAICA: ¡Fue triste, sí, sobretodo porque el capitán Miguel de Erauzo nunca supo que ella era su hermana Catalina!

SUMAY: ¡Mama Laica, por favor, dile al espejo que nos cuente otro cuento!

LAICA: Debes colocarte en medio del círculo con el espejo.
(Sumay se coloca donde le indica la abuela)

¡Espejo encantado, espejo hechizado,
sé que tienes más historias del pasado
escondidas muy atrás, si he bien mirado!
Revela a Laica el secreto que has guardado
de alguna imagen que en ti se ha reflejado.

(Relámpagos cruzan la escena. Se encienden y se apagan las luces.
Se escuchan truenos y se bajan las luces).

* * *

ESCENA IV

CANDIDO Y COCAMBO EN EL DORADO

Esta escena se desarrolla en medio de la selva amazónica. Un costado está cubierto de guijarros y se ven muchas plantas y helechos por doquier. Sentada en el suelo, peinándose y mirándose en el espejo embrujado, se halla una joven selvática, Sumay, vestida con falda de lianas y collares de flores y semillas.

INDIA (cantando):

Abajo por el río Manu hay un tambo, hay un tambo,
 abajo por el río Manu, orquídeas en flor.
 Arriba por el Tahuamanu hay un tambo, hay un tambo,
 arriba por el Tahuamanu un espejo encontré.

(Por un lado del escenario entra un indio vestido con taparrabos. Tiene una lanza en la mano y lleva el cabello largo con una pluma en la cabeza. Asusta a la joven con su agresividad y sus gritos, correteándola por el escenario, atrapándola y zarandeándola. Por otro lado, han entrado dos exploradores que son Cándido y Cocambo. Cándido está vestido con traje claro y casco. Habla con marcado acento francés. Cocambo es un personaje acriollado, cómico y exagerado en sus movimientos. Quedan sorprendidos al observar la escena que se les presenta).

CANDIDO (apenado): ¡Caramba, Cocambó! ¡Qué es lo que ven mis ojos! ¡Cómo se puede ultrajar de tal manera a una magnífica flor de estas tierras vírgenes?

INDIA (tratando de escapar de las manos de su agresor): ¡Socorro!
 ¡Líbreme de este bárbaro, sálveme la vida!

COCAMBO: ¡Patroncito, patroncito, no se meta en líos ajenos!

CANDIDO: Cocambó, ¿qué dices? ¿Cómo puedo yo quedar impávido ante semejante maltrato? (al indio, con decisión) ¡Deje tranquila a esta dama que sólo puede defenderse con sus lágrimas!

INDIO (con furor, a Cándido): ¿Tú también la amas? ¡Entonces yo me vengaré de tí!

COCAMBO: ¡Patroncito, no sea usted Cándido!

CANDIDO: Si cándido es mi propio nombre, ¿cómo quieres que no me llame lo que me llamo?

(El diálogo de Cándido es ilógico, ya que solamente desde que Voltaire escribió "Cándido" se conoce la palabra cándido como sinónimo de ingenuo y candoroso. Sin embargo, lo dejaremos así por absurdo que sea, ya que en el fondo, todo aquí es absurdo, y seguimos con el drama. Cándido trata de quitar la lanza al indio, mientras Cocambo observa preocupado, y la joven india se contempla la cara en el espejo para descubrir los rasguños. En un momento cogen ambos la lanza, uno por cada punta, hasta que ésta se rompe. El indio salta encima de Cándido y éste saca, con dificultad, una pistola muy grande del cinto. Se escucha un disparo y el indio cae a tierra).

COCAMBO: ¡Creo que ha cometido un grave error, patrón! ¡Fíjese nada más en lo que ha hecho! ¡Pum! ¡Difunto!

(La joven, al oír el disparo, deja el espejo en el suelo y al ver al indio tendido, comienza a chillar y a jalarse los cabellos).

CANDIDO (a Cocambo): ¿Que yo he cometido un error al matar a ese mono desnudo y sin alma? ¿A ese orangután que perseguía a una bella damisela? (a la joven india, con mucha delicadeza) Ahora está usted libre de ese bárbaro y violento esperpento. ¿Qué otra cosa desea usted de mí, bella señora?

INDIA (llorando y gritando) ¡Que te mueras, desgraciado! ¡Has matado a mi marido! ¡Quisiera arrancarte el corazón!

CANDIDO (sorprendido del tono abrupto, se dirige a Cocambo):
Cocambó, entonces, ¿ella amaba a ese....a ese...?

INDIA (enjugándose las lágrimas e interrumpiendo): ¿Yo? De ningún modo. No lo amaba. Era un bruto, un celoso insoportable, pero estoy resuelta a ser enterrada junto a él como es el deber de toda esposa. (Comienza otra vez a lamentarse mientras se frota los moretones que le ha dejado el indio en el cuerpo).

CANDIDO: Evidentemente, Cocambó, esta señora debe de probar un gran placer al ser enterrada viva junto a su marido.

INDIA (fastidiada): Yo soy una mujer respetable y devota. Perdería mi reputación si no lo hiciera.

CANDIDO (a la joven): Debe usted resignarse si así son los hechos, mi hermosa dama. No creo que se pueda hacer nada. (La joven solloza más fuerte) ¿Qué haría usted si no tuviera que ser enterrada junto con su marido?

INDIA: ¡Le rogaría que se case usted conmigo!

CANDIDO: Lo siento, es usted muy amable pero eso es imposible. Yo estoy viajando, en busca de mi amada, por estas forestas interminables. ¿No conocerá usted por casualidad a mi amada Cunegunda?

(La joven mueve negativamente la cabeza y empieza a sollozar nuevamente. Sale del escenario y deja olvidado su espejo. Cándido lo recoge y se mira en él).

COCAMBO: ¡Qué hermosura de espejo, patroncito mío, don Cándido!

CANDIDO (contemplándose y alisándose los bigotes afrancesados): ¡Un bellissimo regalo para mi amada Cunegunda! ¿No estás de acuerdo, Cocambó? ¡Claro, siempre y cuando la encontremos en esta intrincada selva amazónica!

COCAMBO: ¿Dónde cree usted que estamos ahora, patrón!

CANDIDO: ¡Según mis mapas, hemos llegado a un lugar conocido con el nombre de EL DORADO!

COCAMBO (recoge guijarros del suelo y los contempla): ¡Es verdad, patroncito mío, don Cándido! ¡Estas deben ser pepitas de oro! ¡Todo está cubierto de oro en El Dorado!

(Mientras Cándido y Cocambo examinan los guijarros, dos indios entran en escena y retiran al otro personaje caído. Luego, antes de que ellos se den cuenta, los amarran con una soga contra un árbol, dando vueltas alrededor de los exploradores).

COCAMBO (temblando de miedo): ¡Mamita, los OREJONES! ¡Ay, ay, ay, qué miedo! ¡Ay, ay, ay, qué susto!

(Es un evidente error de Cocambo llamar Orejones a los indios amazónicos, ya que Orejones llamaron los españoles a los sabios consejeros del imperio de los Incas del Cuzco, porque usaban enormes aretes incrustados en los lóbulos. Sin embargo, no queremos hacer hincapié en ello ya que el personaje de Cocambo es controversial y lleva en el alma la ignorancia de los siglos. Le dejamos toda la responsabilidad de sus palabras a Cocambo y seguimos con el drama).

CANDIDO: ¡Oh, mi querida Cunegunda, todo, en suma, está perdido!

(Mientras los exploradores se lamentan, uno de los indios amazónicos se relame y se frota la barriga como esperando un gran banquete. Entra otro indio con un perol del cual sale humo y que deja detrás de un arbusto. Los exploradores suponen que los van a cocinar. Uno de los caníbales recoge el espejo, hace muecas en él y ríe encantado de verse reflejado en aquel misterioso objeto. Ambos hacen morisquetas a los exploradores).

COCAMBO: ¡Patroncito mío, don Cándido,
del susto me siento lánguido!
Antes, yo muero de horror
que ver pisoteado mi honor;
y si hoy me vuelvo sancochado
¡mucho tiempo he desperdiciado!

CANDIDO: ¡Todo está por verse, Cocambó! ¡Ten fe! (al indio que se mira al espejo) ¡Deja en paz ese espejo, mono salvaje! ¡Es un regalo para mi querida Cunegunda, a quien he perdido en estas selvas gigantescas!

(Por supuesto, el indio no le entiende y sigue haciendo muecas y saltando alrededor de los prisioneros con el espejo en la mano. El otro indio está ocupado echando hierbas dentro del perol y removiendo todo con un enorme cucharón de palo. Estos dos personajes no hablan en toda la escena sino que solamente emiten gritos y se manifiestan haciendo gestos muy exagerados).

COCAMBO: Si me soltaran, señores orejones,
cazaría para ustedes unos leones.
¡Hay tortugas en los ríos
y paujiles en los nidos!
¡y aunque a probar no me dieran

porque así no lo quisieran,
yo no me lamentaría;
brincaría de alegría!
Si me soltaran, señores orejones,
cazaría para ustedes unos leones.

CANDIDO: ¡Realmente, no sé Cocambó, si por estos lugares se hallen leones!

COCAMBO (exasperado): ¡Ese no es el punto, patrón! ¡Yo no quiero terminar mis días en forma tan disgustos! (a los indios) ¡Yo soy duro de pelar y estoy flaco, muy flaco, REQUETEFLACO! ¡No soy bueno para comer!

CANDIDO: Cocambó, no hay que perder la dignidad!

COCAMBO: ¡Prefiero perder la dignidad que el pellejo!

(Entra la joven india, Sumay, acompañada de un anciano, vestido con túnica o cushma y un bellissimo turbante de pequeñas plumas celestes en la cabeza, al estilo de ciertas tribus del valle del río Manu, en Madre de Dios).

CANDIDO: ¡Yo me puedo quedar en medio de la selva sin encontrar a mi adorada Cunegunda! ¡Eso sería aún más disgustoso! (observando los personajes que entran en escena) ¡No te decía yo, Cocambó, que no hay porqué desesperarse?

(El anciano ordena con gestos a los indios caníbales que se alejen y que se lleven su perol. Ellos obedecen muy apenados de quedarse sin banquete. La joven le quita al indio el espejo de la mano y luego desata a los exploradores. Se sienta a un lado y se peina, mirándose al espejo, indiferente a lo que sucede).

CANDIDO (al anciano): No sé cómo agradecerle, señor... señor, ¿es usted rey? ¿debo llamarlo majestad?

ANCIANO: Llámeme Anciano, porque tengo ciento setenta y dos años y no recuerdo ya ni cómo me llamo. Felizmente he llegado a tiempo. Los habitantes de este lugar no siempre son malos, no. Tienen hábitos que pueden parecer sorprendentes a los extraños, pero en el fondo, muy adentro, son buenas personas, aunque hambrientas. Eso sí lo debo reconocer, sin embargo.

COCAMBO (aliviado): Son comelones y se ve que tienen un gusto exquisito en su arte culinario.

CANDIDO (sumamente cortés, al anciano): Sí, entiendo, no han dejado de usar mil cortesías con nosotros. ¿Es gente educada?

COCAMBO (burlón): Solamente deseaban que les sirviéramos de banquete. Cocinarnos con una receta especial para la nueva dieta amazónica. Y saldremos en el France Press como ¡Exploradores recalcitrantes que sirven de experimento a orejones en Eldorado!

CANDIDO: El caso, que siempre me favorece, me ha concedido la oportunidad de conocerle, Anciano. Dígame, en sus tantos años por estas selvas, ¿no ha encontrado a mi amada Cunegunda?

ANCIANO: No he conocido a ninguna mujer de tal nombre.

CANDIDO: La reconocería porque es la mujer más bella del mundo, la más buena y la más fiel.

ANCIANO: No he conocido a ninguna mujer de tales atributos, (dirigiéndose a la joven) ¿Y tú, Sumay, hija mía?

INDIA: Yo tampoco, padre. (Dirige grandes sonrisas a Cocambo).

CANDIDO: Entonces es inútil que continúe mi búsqueda por estos parajes. Más bien, ¿podría pedirle un favor? Desearía llevarme unos guijarros de su tierra. En mi país son muy codiciados.

ANCIANO: Puede recoger todos los que gusten. Hay piedras amarillas por todas partes.

COCAMBO: Yo quisiera pedirle otro favor, Anciano. No creo que sea de gusto exquisito enterrar a una mujer con su difunto marido. ¿Me permite que lleve a su hija conmigo a Paris?

ANCIANO: Las reglas ordenan que las tradiciones deben seguirse con exactitud y respeto, pero mis largos años me han dado suficiente experiencia para saber que también las reglas pueden romperse. Sumay, hija mía, ¿deseas emprender viaje con estos caballeros?

INDIA: Padre, me sentiría privilegiada. Sin embargo, no sé si hago lo correcto. (Se frota los moretones que le quedaron de los golpes de su marido).

ANCIANO: La RAZON, hija mía, es más antigua que la TRADICION. Si así lo deseas, ve con ellos. Sólo espero que esta decisión no sea para ti, en el futuro, motivo de desilusión.

CANDIDO: ¡Si es sabido que en Paris
toda la gente es feliz!

(Mientras conversan, Cándido y Cocambo recogen pepitas de oro del suelo y llenan dos bolsas de cuero o de tela).

ANCIANO: La felicidad, hija mía, no está en los guijarros amarillos ni en los lugares como El Dorado o Paris. Recuerda que el secreto es aceptar la vida como es y estar dispuesta a dividir tu existencia con otras personas.

INDIA: Gracias, padre mío. Llevaré mi espejo como recuerdo y algún día regresaré a El Dorado a verte. Ha sido muy doloroso para mí ser feliz hasta hoy. (Se frota los moretones de la golpiza del marido).

ANCIANO: Adiós, Sumay. Adiós, Cándido y Cocambo. Les agradezco que hayan salvado a mi hija de un hombre bárbaro y violento.

COCAMBO: Nosotros le agradecemos que nos haya salvado de la olla, Anciano.

CANDIDO: Gracias por su regalo (levantando la bolsa con pepitas de oro) y le prometemos cuidar de su hija en el futuro. Adiós, Anciano.

(Salen de escena, Cándido cargando las bolsas con oro y Sumay del brazo de Cocambo, mientras el Anciano les hace adiós con la mano. Se escucha a Cocambo que canta con Sumay:

Palmero sube a la palma, catay, catay,
y dile a la palmerita, sumay, sumay,
que se asome a la ventana, catay, catay,
que mi amor la solicita, sumay, sumay;
A la cara te miro para que entiendas, catay, catay,
porque también los ojos sirven de lengua, sumay, sumay.

* * *

ESCENA V

(Aparece el mismo escenario que en las escenas I y III).

SUMAY (sosteniendo el espejo embrujado): Mama Laica, ¡qué historia tan linda nos ha contado el espejo! ¿Es verdad que existe El Dorado?

LAICA: Si lo cuenta el espejo, así será, Sumay.

SUMAY: ¿Y, qué pasó con Cándido, Cocambo y Sumay? ¿Encontró Cándido a su amada Cunegunda? ¿Fueron todos a Paris? Debe ser muy lejos Paris, ¿verdad, abuela?

LAICA: Igual de lejos hoy que ayer. Cándido encontró a Cunegunda y Sumay se casó con Cocambo. Tuvieron que pasar muchas peripecias para darse cuenta de que no necesitaban los guijarros amarillos para ser felices.

SUMAY: ¡Los guijarros de El Dorado que eran en realidad pepitas de oro! En verdad lo que dijo el Anciano sobre la felicidad, aunque yo creo que ser feliz es NO TENER HAMBRE.

LAICA: Creo que lo mismo pensaba ese francés endiablado que escribió la historia de Cándido en 1700 y tantos.

SUMAY: ¿Quién fue, abuela?

LAICA: Se llamó Voltaire, y creo que su nombre volt-aire se debía a que tenía una imaginación que daba volteretas por los aires.

SUMAY: ¿Podemos ver otra espejo-novela?

LAICA: ¿Crees que este espejo es una televisión a colores!

SUMAY: ¡Sí, sí, sí! ¡Y cuenta historias lindas! (Salta alrededor de la abuela con el espejo en la mano) ¿Quién más se miró en el espejo, mama Laica? ¿Quién más? ¿Quién más?

LAICA: ¡Te has olvidado del hambre que tenías! ¡Es mejor así! ¡Vamos a ver si no se ha acabado la magia del espejo! ¡Espejo de ensueño, fantástico, despeja tu niebla alucinada y deja a mi nieta embelesada con quiméricos cuentos mágicos, mas otros relatos históricos para que termine embelesada!

(Se escuchan truenos a lo lejos, se apagan y se prenden las luces y finalmente queda el escenario oscuro y en silencio).

* * *

ESCENA VI

FLORA TRISTAN EN AREQUIPA

(La escena se desarrolla en el patio de una casona arequipeña. Se observan los arcos de sillar blanco y los macizos de flores. Comienza con gran estruendo y fragor, como de un terremoto, que

levanta polvo del suelo. Salen en escena dos mujeres asustadas. Visten con trajes a la moda de 1800, con corpiño ceñido y falda amplia. Van peinadas con cascadas de rulos. Una de ellas lleva un sombrero de ala ancha lleno de flores y un gran bolso. Tienen una edad entre 18 y 20 años. Se abrazan espantadas hasta que termina el rumor del temblor).

FLORA: (arreglándose el sombrero) ¡Qué terrible terremoto, prima! ¡Estoy segura de que una parte de la ciudad se ha derrumbado! (Habla con marcado acento francés).

CARMEN: ¡Un día voy a quedar sepultada bajo las ruinas de mi vieja casa!

(Entra en escena, muy excitada y nerviosa, una mujer mayor).

JOAQUINA: ¡Mi querida Florita, tú que no estás acostumbrada a semejantes convulsiones! ¿Qué efecto te han producido?

FLORA: Creí que estaba todavía en el barco. Es así como se siente el movimiento de las olas.

JOAQUINA: ¡Oh, qué espanto! ¡Oh, qué trepidación!

FLORA: No tuve miedo al principio, sino cuando me encontré en el patio y ví inclinarse la casa sobre mí.

JOAQUINA: ¡Pobrecita! ¡Voy a ver si están bien los demás! (llamando) ¡Pío! ¡Niños! (sale apresurada de escena).

CARMEN: La tía Joaquina se ha puesto muy nerviosa. Es siempre así cuando hay terremotos.

FLORA: Dime, Carmen, ¿son frecuentes estos temblores en el

país?

CARMEN: Es raro que pase una semana sin que se sienta uno, más o menos fuerte. Es por la vecindad del volcán. (Saca un cigarrillo y fuma).

FLORA: ¿Fumas, Carmen? ¡No te basta el polvo del terremoto? ¿No sabes que se dice:
que en quien se halla radicado el vicio
sólo se encuentra pasajero el juicio?

CARMEN: Me encanta escandalizar a la gente, ¡sobretudo a la tía Joaquina que es tan arcaica! (ríe a carcajadas).

LAICA (entrando en escena, acongojada por el terremoto, con una cesta al brazo llena de hierbas medicinales y brebajes): ¡Qué suplicio! ¡Qué tormento! ¡Qué congoja y aflicción!

CARMEN (dirigiéndose a la anciana yerbatera): Doña Laica, ¿qué le ha sucedido, por el amor de Dios! ¿Dónde la cogió el terremoto?

LAICA: En medio de la calle, niña Carmencita, y casi me cae una maceta en la cabeza. (Observando a Flora) ¿Esta joven es su prima, la francesita?

CARMEN: Así es, Flora, es la sobrina del tío Pío Tristan y Moscoso.

(Flora ha sacado de su bolso el espejo embrujado. Se contempla en él y se arregla el cabello y el sombrero).

FLORA: ¡Me he cubierto de polvo!

LAICA (Observando el espejo con curiosidad): ¡Qué gusto de conocerla, jovencita! ¡Habla usted como nosotros! ¡Yo pensé que no sabía hablar más que francés!

FLORA: Mi prima Carmen me está enseñando castellano.

LAICA (tratando de coger el espejo que tiene Flora) ¡Oh, qué hermoso espejo! ¡Es un trabajo espléndido! ¡Es un deleite mirarse en él! (Se escucha rumor de truenos a lo lejos) ¡Qué embeleso! ¡Qué trabajo extraordinario!

FLORA (sin soltar el espejo): ¿Le gusta?

CARMEN (observándolo con curiosidad): Realmente es muy lindo. ¿Lo trajiste de Paris? Parece obra de un platero peruano.

FLORA: Lo traje de Paris. Es posible que sea orfebrería peruana; a veces se encuentran en Francia objetos originales de otras partes del mundo. Es un recuerdo de mi madre.

CARMEN: ¡Es bellissimo! (Escucha el rumor de los truenos) ¿No será otro temblor?

LAICA: No, ya pasó.

CARMEN: Me pareció..

FLORA (a Carmen): Si tanto te gusta, te lo regalo, Carmen.

CARMEN: (protestando) No, no, no, no te puedo privar de un recuerdo de familia.

FLORA (Entregando el espejo a Carmen): Insisto. Es un

obsequio. Igualmente quedará en familia, prima.

LAICA: Me parece bien, niña Carmen. Acéptelo. Es un trabajo precioso de orfebrería peruana, y si ha regresado al Perú es porque quiere quedarse aquí.

CARMEN (riendo): ¡Pero qué vieja supersticiosa eres, Laica!

LAICA (revolviendo su cesta de hierbas y brujerías): Le he traído, niña Carmen, esta mágica loción de hierbas: contrahierba, chanca piedra, ruda y demás hierbas que sirve para combatir el resfriado, la tos perruna, la mala sangre y el mal ojo. Es elixir de amor, y también puede usarla para sacar brillo a su platería. Probemos. (Trata de coger el espejo pero Carmen se lo impide).

CARMEN: No, Laica, hoy no. Te lo suplico, por favor. Regresa otro día.

LAICA: ¡Pero, Carmencita, no me compra nada? ¿Y, usted, doña Florita? (Trata de coger el espejo) ¡Cómo me gusta este espejo! ¡Hasta me parece recordar que lo he visto antes en alguna parte!

FLORA: Eso es difícil. Mi madre lo compró en un mercado de baratijas cuando yo todavía no había nacido. ¡Hace muchos años!

CARMEN (contemplándose al espejo): ¡Es muy lindo! ¡Me encanta! ¡Gracias, prima!

FLORA: Ya sabes que es tuyo. (Dirigiéndose a Laica) Dígame usted, ¿cuál es ese famoso elixir de amor que me aconseja?

(Mientras las dos primas hablan en voz baja con Laica, escogiendo hierbas y contrahierbas, por un costado del escenario entran las amigas de

Carmen, Rosa y Blanca).

ROSA (tartamudeando alborotada): ¡Qué te te terremoto! Pero qué te te terremoto!

BLANCA (apresuradamente): ¿Saben la noticia? ¡La ciudad de Tacna ha sido destruida por completo!

ROSA: ¡Lo lo lo co co co...

BLANCA (interrumpiendo): ¡Locumba! ¡El pueblo de Locumba desapareció! ¡Se abrió la tierra y SLURP se lo tragó!

CARMEN: ¡Qué calamidad!

BLANCA (indicando a Flora): ¿Es tu prima que ha llegado de Francia?

CARMEN: ¡Así es!

JOAQUINA (entrando precipitadamente): ¡Dice el tío que debemos refugiarnos en el convento de Santa Catalina! ¡Los temblores pueden seguir!

ROSA: ¿De de de veras?

BLANCA: ¿Y, qué dice Florita de los temblores?

CARMEN (divertida): ¡Qué es como viajar en barco!

FLORA (acercándose a las otras mujeres con un frasquito en la mano): ¡Hola! ¡He comprado un elixir de amor!

BLANCA: ¡Qué bueno! ¡Qué bueno!

ROSA (con curiosidad): ¿Puedo ver tu so so so...?

(Flora le tiende el frasquito).

ROSA: ¡No! ¿Tu so so sombrero?

FLORA: ¡Claro que sí! (Se quita el sombrero y se lo entrega a Rosa quien lo examina con detenimiento porque nunca ha visto un sombrero francés lleno de flores).

BLANCA: ¡Me da mucho gusto conocerte, Flora! (Pregunta con curiosidad) Dime, ¿qué comen en Francia?

FLORA (confundida): ¿Qué alimentos...? Bueno... todo.

BLANCA: ¿Hay teatros?

FLORA (riendo) ¡Claro!

JOAQUINA (que ha estado examinando el sombrero de Flora con Rosa, se entromete en la conversación): ¿Tan buenos como en Arequipa?

(Flora ríe divertida pero no contesta. Rosa le entrega el sombrero y, mientras la joven francesa se lo pone, arreglándose el cabello, la amiga le levanta la falda para observar el fustán con encaje).

FLORA (con fastidio): ¡Yo no soy una muñeca francesa!

(En ese momento entra apresurada la nieta de Laica, Sumay, y se dirige a la abuela, mientras Rosa y Blanca acarician el vestido de raso de

Flora, quien trata de alejarlas)

SUMAY (agitada): ¡Mama Laica, sale fuego del volcán!
¡Debemos irnos pronto! ¡Ven, abuela, ven!

LAICA (desasosegada): ¡Me voy, señoras, si ya no necesitan mis servicios!

(Se escucha un ruido sordo y todas las personas en el escenario se tambalean como si estuvieran sintiendo un temblor. Se caen los objetos y las mujeres tratan de cogerse de las paredes. A la yerbatera se le cae la canasta, a Carmen el espejo, a Flora el sombrero).

LAICA (viendo la hierba por el suelo): ¡La ruda!

FLORA: ¡Mi sombrero!

CARMEN: ¡Mi espejo!

JOAQUINA: ¡Mis macetas!

(Hay gran alboroto, todas corren, se caen, se levantan y poco a poco se termina el rumor, y el fingido movimiento. Quedan estáticas como esperando que el terremoto comience otra vez).

JOAQUINA: ¡Será mejor que nos apresuremos!

CARMEN (a Flora): ¡Probarás los dulces que preparan las monjas!

BLANCA (a Rosa que se dirige a un lado para escabullir del escenario): ¡Adónde vas? ¡Debemos irnos por el otro lado! ¡Al convento de Santa Catalina!

ROSA: Olvidé mi ba, mi ba, mi ba ba ba...

BLANCA: ¿Tu qué?

ROSA: ¡Mi bacinica de plata!

BLANCA: ¡Deja todo y vámonos ya! ¡Mira que si nos coge otro terremoto en esta casa, no lo contamos después!

FLORA: ¡Mi diario!

JOAQUINA: ¿Escribes algo importante o cualquier cosa?

FLORA (resentida): ¡Yo no escribo ni algo ni todo ni cualquier cosa! ¡Escribo nada más! (Rebusca en su bolso y encuentra su diario, tranquilizándose).

CARMEN: ¡Flora, no olvides el elixir del amor! ¡Eso sí es muy importante!

FLORA: ¡Aquí lo tengo!

CARMEN (contemplándose al espejo, antes de salir de escena apresuradamente): ¡Espejo mágico, espejo encantado,
¿Quién es la más hermosa del condado?

(Salen las mujeres apresuradamente de escena, riéndose nerviosas, menos Laica y Sumay que recogen las hierbas del suelo y las vuelven a echar en la cesta de la yerbatera. Se escuchan truenos a lo lejos. Antes de salir de escena, Sumay y Laica conversan un momento).

SUMAY (a Laica): ¿Has visto ese espejo, mama Laica? ¿No te recuerda algo?

LAICA: Así es, Sumay. Pero, por lo que creo, está en buenas manos...

(Salen de escena, mientras a lo lejos se escuchan truenos y rumores, hasta que el sonido, poco a poco, se apacigua).

* * *

ESCENA VII

(Escenario igual que en las escenas I, III, V).

SUMAY (excitada, con el espejo en la mano): ¡Abuela, mama Laica! ¿Esa muchacha era yo?

LAICA: No, no y no. Esa muchacha era otra de mis nietas. Una que tuve allá por el año 1800 y tantos.

SUMAY: ¿Cómo regresó el espejo al Perú desde Paris?

LAICA: Después de una travesía en barco que duró 133 días.

SUMAY: Mama Laica, yo también quiero ser bruja y mágica como tú. Ahora sí que creo en hechizos y en encantamientos!

LAICA (riendo con voz cascada): ¡Eso no se aprende, Sumay! ¡Bruja se nace!

SUMAY: ¿Qué pasó luego con Flora Tristán?

LAICA: ¡Como regaló su espejo embrujado, se le acabó la suerte en el Perú y nunca cobró la herencia, por la cual llegó a la ciudad de Arequipa.

SUMAY: Entonces, ¿regresó a su país?

LAICA: Eso sí, y luchó por la justicia social en Francia, fundando la unión obrera Solidaridad.

SUMAY: ¿Para ayudar a los trabajadores?

LAICA: ¡Así es! Y tuvo un nieto que fue un gran pintor y se llamó Pablo Gaughin.

SUMAY: ¡Flora escribió un diario! ¿Sabes algo de eso, abuela?

LAICA: Escribió un diario que se publicó con el nombre de "Peregrinaciones de una Paria".

SUMAY: Abuela, enséñame algo de brujería.

LAICA: Con este espejo embrujado no te será difícil aprender, aunque recuerda, Sumay, que siempre tienes que usarla para hacer el bien y nunca para hacer el mal.

SUMAY: Así lo haré, lo prometo, Mama Laica.

LAICA: ¡Recuerda que yo sé muchas cosas porque soy vieja, y no porque soy bruja!

SUMAY: ¿Vieja? ¡Requetevieja! (Levanta el espejo para contemplarse y a lo lejos se escuchan truenos. Se apagan las luces).

fin